

A ñ
é ß

STARTER STORY · SPANISH · B2

La partitura incompleta

La partitura incompleta

Cuando Clara recibió la carta del conservatorio, hacía años que no pensaba en su antiguo maestro. La leyó de pie, junto al buzón, mientras el tráfico pasaba a su espalda. Don Salvador había muerto en abril, y había dejado escrito que ciertos papeles suyos debían entregarse a sus antiguos alumnos.

Clara había estudiado violín con él durante ocho años, en un aula que olía a madera y a resina. Después llegaron los concursos, una plaza en una orquesta de otra ciudad y una vida entera de ensayos. Al maestro le había escrito tres o cuatro cartas al principio, luego solo felicitaciones de año nuevo, luego nada.

El sobre que le entregaron era grande y pesaba poco. Dentro había una sola cosa: una partitura escrita a mano, con la letra inclinada que Clara conocía tan bien. En la primera página se leía: «Sonata del jardín, para Clara». La última página estaba a medias, y el pentagrama se interrumpía en mitad de un compás.

Aquella noche, Clara tocó las primeras páginas en su salón, con la sordina puesta para no despertar a los vecinos. La música era sencilla y honda al mismo tiempo, como lo había sido el propio don Salvador. Reconoció en ella el patio del conservatorio, la fuente, incluso el canto de los mirlos que se colaba por las ventanas en mayo. Cuando llegó al compás interrumpido, bajó el arco y se quedó mirando la página.

Durante semanas, la partitura vivió sobre el piano, abierta siempre por la última hoja. Clara la estudiaba por las noches, después de los ensayos de la orquesta. Probaba finales posibles y los descartaba todos: unos sonaban demasiado tristes, otros demasiado fáciles, ninguno sonaba a él.

Llamó entonces a Marcos, un compañero de aquellos años que ahora enseñaba composición. «Ayúdame a terminarla como la habría terminado él», le pidió. Marcos estudió la partitura durante días, comparó con otras obras del maestro, y al final le devolvió las hojas con una sonrisa extraña. «Puedo escribirte un final correcto», dijo. «Pero correcto y suyo no son la misma palabra.»

Clara insistió, porque insistir era lo que mejor sabía hacer. Escribieron juntos tres finales distintos, cuidando cada nota como quien restaura un cuadro antiguo. Los tocó todos, uno tras otro, una tarde de domingo. Sonaban bien. Precisamente eso era lo que no podía perdonarles: sonaban bien y nada más.

El otoño trajo una noticia inesperada. El conservatorio organizaba un concierto de homenaje a don Salvador, y la directora, que había oído hablar de la sonata, quería que Clara la estrenara. «Está incompleta», se excusó Clara por teléfono. «Como casi todo lo que él dejó», respondió la directora. «Aun así, nos gustaría escucharla.»

Clara viajó a su ciudad un jueves de niebla. El conservatorio seguía igual: la escalera de piedra, el patio con la fuente, el aula del fondo con su puerta verde. En el aula encontró a Rosa, la mujer que llevaba cuarenta años cuidando el edificio y que conocía a los alumnos mejor que ningún profesor.

«Tú eres Clara», dijo Rosa, sin dudar un momento. «Él hablaba de ti. Decía: esa niña toca las notas antes de que se lo pidan.» Clara sonrió, aunque algo en la frase le dolió sin saber por qué. Le enseñó la partitura y le contó el problema del final.

Rosa miró la última página un rato largo, con los ojos de quien no lee música. «Yo lo veía escribir aquí, las tardes de invierno», dijo al fin. «Esta la empezó cuando te marchaste. La sacaba, escribía dos líneas, la guardaba. Un día le pregunté cuándo iba a terminarla y me contestó riendo: cuando ella entienda que ya no me necesita.»

Clara salió al patio con la partitura bajo el brazo y se sentó al borde de la fuente. Recordó de pronto una tarde antigua: ella tenía quince años, se había equivocado en un pasaje y había repetido la obra entera desde el principio, furiosa. El maestro la detuvo entonces y le dijo algo que ella había olvidado durante veinte años: «Tocas para no equivocarte, Clara. Algún día tocarás para decir algo, y ese día no te hará falta nadie.»

Comprendió entonces lo que la última página llevaba meses diciéndole. El compás interrumpido no era un descuido ni una obra a medias: era una puerta abierta, la última lección de un hombre paciente. Don Salvador no le había dejado una sonata incompleta. Le había dejado la mitad de una conversación.

La noche del homenaje, la sala estaba llena de antiguos alumnos, de profesores y de vecinos del barrio. Clara salió al escenario sin papeles para el final, con la partitura abierta solo por cortesía. Explicó en dos frases lo que iba a hacer, y le pareció ver a Rosa sonreír al fondo de la sala.

Tocó la sonata tal como estaba escrita, con el jardín, la fuente y los mirlos dentro. Al llegar al compás interrumpido, cerró los ojos y siguió sola. No pensó en reglas ni en lo que era correcto: pensó en la puerta verde del aula, en la niebla del jueves, en las cartas que nunca escribió. El violín dijo todo aquello bastante mejor que ella.

El aplauso fue largo, pero Clara apenas lo oyó. Buscó a Marcos entre el público y lo encontró riéndose, con los tres finales correctos todavía en su cartera. «¿Y ahora qué escribimos en la partitura?», le preguntó él después. «Nada», respondió Clara. «Se queda como está. Cada vez terminará de una manera distinta.»

De vuelta en su ciudad, Clara puso la sonata en el atril de su salón, abierta por la última página. Algunas noches, después del ensayo, la tocaba para nadie y dejaba que el final saliera diferente: unas veces alegre, otras veces con niebla dentro. Pensaba entonces en don Salvador, que había necesitado veinte años y un compás vacío para enseñarle la única lección que de verdad le faltaba.

OQOU STARTER LIBRARY

This story is from oqou's free starter library, graded at B2 for Spanish readers.

Read it interactively in the oqou app: tap any word for an instant translation, listen with natural narration, and carry your saved vocabulary into every story you read next.

oqou.app

[Download oqou on the App Store](#)

oqou •